

prendió cuatro lágrimas
en el cielo límpido.
Y la Cruz del Sur
con sus cuatro brillos,
velaba en las noches
el sueño del Niño.

María lavaba
á orillas del río,
y José tendía
las ropas del Niño.
En los copihuales
quedaban tendidos
los pañitos blancos
del Nene Divino.

Un día la Madre,
con su pecho níveo,
le daba la leche
cantando a su lirio;
y al ver a su esposo
que un ramo escogido
de copihues blancos
traía, el corpiño
cerró pudorosa,
y el rostro encendido
de la Virgen-Madre
de súbito hizo
rosadas las flores,
más blancas que el lirio.
Así los copihues
de rosa teñidos,
son los que María
teñó con su hechizo.

La Virgen cosía

las ropas del Niño,
San José arreglaba
mangos de cuchillos,
y por estar mirando
a su Dios dormido,
hirióse los dedos
con agudos filos.
La sangre corría
mojando zarcillos
de los copihuales
que estaban vecinos.
Y luego esas flores,
de pétalos níveos,
tornáronse rojas,
y fueron cual vivos
dedales de sangre
sus bellos racimos.

¡Ay, copihues blancos
del Nene Divino!
¡Ay, los que rosados
el pudor los hizo!
¡Ay, copihues rojos
de José Bendito!
Sois joyas que hoy lucen
las selvas del indio.
En las noches claras
cuando el cielo miro,
en la Cruz del Sur
recuerdo el exilio
que sufrieron juntos
los tres peregrinos.

FRANCISCO DONOSO

(Poeta Chileno)